

Obra sin título

Alba Miralles Nieto



Capítulo 1

EL MONSTRUO DE LA SOCIEDAD

Había una vez un monstruo, un monstruo que se escondía debajo de las camas de los niños y se dedicaba a asustarlos, y más tarde, devorarlos. Si, como los de la película, pero este no era verde ni mucho menos tenía buen corazón. Este ser era horroroso, vasto, peludo, con un color negro azabache como el carbón y sus dientes, tan blancos y afilados como perlas, listos para tirarse a la yugular de quien se interpusiera en su camino si llegara el momento. Sus ojos, penetrantes como cuchillos cuando mirabas a través de ellos y únicamente percibías odio, rencor y sangre. Sangre por el color borgoña que inundaba hasta sus pupilas y por la sucesión de endebles y aterrados niños que dejaba a su espalda. Las noches eran lo suyo, cuando salía de su oscuro escondrijo en medio de la espesura y vagaba en busca de nuevas víctimas por las que saciarse. Un día la gente de los alrededores, cansada de que sus niños se vieran atemorizados por dicha bestia y como consecuencia, muchos de estos, después se encontraran muertos, decidieron darle caza. Salieron con todo lo que tenían, horcas, antorchas, hachas y la voluntad y certeza de que esa noche la bestia sería muerta. Los pobres fueron unos ingenuos, pues con una simple redada, la bestia se cernió sobre ellos, quedando en la más inmensa de las oscuridades, y eso es lo que recuerda el hijo de uno de ellos y lo que contó al volver, que sin que se enteraran, quiso seguirles para enfrentarse al ser diabólico. La bestia, ahora más fuerte y recuperada que nunca sabía que en ese instante podría devastar ciudades y aldeas enteras y beber hasta la última gota de alma de todos y cada uno de sus habitantes. Pero le habían herido, y reclamaba venganza. Y se le ocurrió como conseguir su vendetta mientras sonreía de una manera tan maléfica que hubiese asustado hasta el mismo diablo.

Esa noche fue a cada una de las casas, una por una, dejando a sus pequeñas bestias que entraran, destrozaran y se metieran en los cuerpos de los inquilinos, que ahora serían suyos. Les susurró y prometió riquezas, fama y poder.

Cuando el pueblo amaneció, todos tenían los ojos de un color tan escarlata como la bestia. Fue el principio del fin. La bestia empezó a controlarles sin que ellos pudieran ni quisieran hacer nada, la bestia más se apoderaba de ellos cuanto más poder querían y más se iba arraigando en el seno de la aldea. No hacía falta controlar sus mentes para que se destruyeran, eso ya lo hacían entre ellos por sí mismos. El deseo de poder, de riqueza, de oro, les había llevado a robar, a herir, a incluso matar a los vecinos y hermanos que un día lucharon a su lado. El pueblo quedó reducido a cenizas, y la bestia, que hoy sigue entre nosotros más latente que nunca, también es llamada presión por ser perfecto.